

# Jornada Vida Consagrada 2025

## *Peregrinos y sembradores de esperanza*

Queridos hermanos,

El día de la Presentación de Jesús en el Templo de Jerusalén, Simeón habló como profeta en nombre de su Pueblo y, como él mismo dice, también de las demás gentes: ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos, luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

Era María, con José, quien acercó a Jesús al Templo, quien lo ofreció a Dios cumpliendo lo indicado desde antiguo, quien lo puso en brazos de Simeón.

Hoy, queridas hermanas y hermanos, es la iglesia, somos nosotros, es la vida consagrada, en especial quiénes somos peregrinos de esperanza en medio del mundo: es decir, quienes llevamos en los brazos del alma, en el corazón y en la boca, a Jesús, lo acercamos a las gentes y a nuestro pueblo.

Para que sea posible a todos decir también hoy con verdad la palabra de Simeón: ahora puedes dejar a tu siervo irse en paz, porque mis ojos han visto al Salvador. La esperanza que puede sostener el anhelo del corazón y confirmar nuestras expectativas más íntimas con motivos ciertos y nuevos horizontes, nace en cada uno al reconocer al Señor, cuando nos es presentado en el camino y nos acercamos a su presencia.

En presencia de su amor y de su designio salvífico, nuestra humanidad se atreve a esperarlo todo: en la vida, consuelo, perdón abundante, gracia y paz; guía y compañía verdadera para obrar la justicia y dar sentido a la existencia, para poder afrontar sin temor incluso la muerte.

Somos peregrinos que viven y desean compartir una esperanza inquebrantable, que no declina en nuestros corazones; porque confiamos en Jesús, que ha querido extendernos una mano a los hijos de los hombres, que es misericordioso y fiel, conoce el sufrimiento de la tentación y el peso del pecado, y puede ayudarnos, que ha querido participar de nuestra carne y sangre, para liberarnos del miedo a la muerte con la certeza de la resurrección.

El testimonio de esta esperanza es especialmente urgente en nuestros días. La confianza puesta en el mundo, en su sabiduría y su potencia, en los poderosos de la tierra, se ha demostrado ilusoria y vana para muchos de nuestros contemporáneos. La violencia de las guerras, de las relaciones entre los pueblos, pero también entre las personas, introduce desconfianza y soledad, desasosiego profundo, sufrimiento íntimo, falta de perspectivas y de humanidad

No es posible confiar nuestras vidas a lo que nos aporte el posible crecimiento futuro del poder humano. Nuestras fuerzas, nuestra capacidad de control y gestión de la naturaleza, de las riquezas del mundo, no son capaces de sostener nuestra esperanza. En cambio, la fragilidad, la pequeñez de nuestras personas, de nuestras palabras y de nuestra presencia, sorprendentemente puede hacerlo: somos peregrinos de esperanza, acercamos, hacemos presente al Señor Jesús.

Él es el fundamento de nuestra vida, de nuestro ser fieles cristianos y de toda vocación de especial consagración. Él nos ha amado primero y se ha entregado por nosotros; nosotros lo hemos amado, hemos querido responderle; y así nuestras palabras y obras, nuestra existencia pueden hablar elocuentemente de Él. La vocación especial de la vida consagrada proclama ante el mundo entero este amor, de cuya belleza habla vuestro seguimiento, y cuya radicalidad, que es promesa de un mundo nuevo, se realiza y manifiesta ya ante nuestros ojos inicialmente en la forma de vuestros votos y promesas; un amor cuya inmensa riqueza y fecundidad testimonian los diferentes carismas, la inacabable diversidad de las formas de vida consagrada.

Demos gracias a Dios, porque ha hecho obras grandes por nosotros y en nosotros; porque ha mirado nuestra pequeñez, la humillación de sus siervos. Porque nos ha confiado el tesoro mayor: llevar a toda la tierra, a pueblos y gentes, la presencia del Señor; darles a conocer la grandeza de su amor y hacer nacer de nuevo la esperanza en el corazón de nuestro mundo, y en quien más la necesita a nuestro lado.

Pidamos a la Virgen María, en esta fiesta de la Presentación del Señor en el Templo, que nos ampare, que ponga siempre de nuevo a Jesús vivo en nuestras manos, en nuestras vidas. Y que por su intercesión tengamos la gracia grande de cumplir fielmente nuestra misión, de ser verdaderos peregrinos de esperanza, cada uno, cada instituto o congregación, unidos como Iglesia y Pueblo suyo, allí donde el Señor nos envía cada día.

+ Alfonso,  
Obispo de Lugo